

# LA CONCEPCION DEL MUNDO DE LOS ABORIGENES DE COSTA RICA

Jorge A. Lines

## INTRODUCCION

Mi contacto de muchos años con el complejo arqueológico de Costa Rica me ha inducido a cavilar no sólo acerca de sus múltiples objetos materiales, sino también acerca del mundo de las ideas, emociones y sentimientos en que nuestros aborígenes se desarrollaron. Necesariamente deberemos abrir muchas interrogaciones, pero ¿cómo satisfacerlas? ¿Nos será dable encontrar concepciones filosóficas fundamentales, testimonios históricos y arqueológicos suficientes en qué apoyar, con justeza, nuestros razonamientos? Deberemos aceptar, como punto de partida, que algunas situaciones de contacto y estabilidad culturales son insoslayables. El *corpus* de libros y de documentos a nuestro alcance, coetáneos de la conquista española nos ofrecen, aunque en forma esporádica e inconexa, evidencia apodíctica de una arqueología riquísima y, en cuanto a su cosmovisión, datos clave muchísimo menos frecuentes, pero claros (1).

La alta calidad estética de nuestras reliquias arqueológicas nos revela implícitamente, que el pueblo que las produjo gozó de inquietudes filosóficas. No otra cosa podrá pensar sobre ellas un espíritu acucioso e investigador al contemplarlas. Tampoco podría permanecer impasible ante la variada iconología huetar, de arte hierático, que nos infunde tanto la impresión de un verdadero simbolismo esotérico, como el bien alcanzado intento de expresión de conceptos e ideas; plasmados éstos en sus artefactos, por pintores y escultores de exquisita sensibilidad que, como iniciados, dominaban magistralmente el simbolismo. Algunos de nuestros más interesantes objetos nos evidencian que en el fondo de lo físico quedaron plasmados sus dogmas espirituales. Pensamos que quienes lograron producir objetos que trascienden la dimensión de su tiempo y cultura, se evidencian bien capaces de captar profundos problemas filosóficos, tales como la existencia y la comprensión de ella, el misterio de la vida y de la muerte, etc. ¿Qué pensaron nuestros antepasados del mundo sobrenatural, del hombre espiritual, de lo que trasciende al mundo y al hombre? (2) A primera vista, arqueológica e históricamente se nos manifiesta la influencia azteca (3). La maya (4) y la sudamericana (5), se destacan con mucho menor vigor.

Todo hombre discurre, especula, filosofa a su modo, según su grado de evolución, su ambiente y su idiosincracia. ¿Hallaremos suficiente evidencia para realzar

---

(1) LINES, JORGE A., *Bibliografía Antropológica Aborígen de Costa Rica*, San José, 1943.

(2) LEON PORTILLA, MIGUEL, *La Filosofía Nahuatl estudiada en sus fuentes*, México, 1956.

(3) VAILLANT, GEORGE C., *La Civilización Azteca*, México, 1955.

(4) MORLEY, SYLVANUS G., *La Civilización Maya*, México, 1947.

(5) MASON, J. ALDEN, *The Ancient Civilizations of Perú*, Londres, 1957.

esa cualidad de pensador en nuestros aborígenes? ¿Podremos establecer que como motivación de nuestra producción artística existió un rígido marco filosófico?

Sería osado pretender encontrar en Costa Rica *sistemas filosóficos*, ciertamente, *in absentia* de la documentación histórica requerida, pero si esperamos gratificar nuestro espíritu con la exploración de esas nuevas fronteras al ponderar y encarecer los juicios aborígenes sobre su cosmovisión y su teovisión. Pero tampoco podemos sustraernos a la halagadora idea de que nuestros huetares y chorotegas, a escasas leguas de Copán, no se hubiesen beneficiado, por vecindaje, del profundo pensar filosófico maya.

Carente Costa Rica de formas de escritura precolombina, debemos sacarles el mayor provecho, valorarlos al máximo, los preciosos relatos de cronistas e historiadores. Nunca terminaremos de lamentar la despiadada destrucción hispana de los códices de altas civilizaciones, en piras, como "... cosas del demonio ..." (6) que de tantos secretos nos privara. La compulsión de nuestras pocas fuentes nos presenta un cuadro de evidencias y de posibilidades reales, sin necesidad de recurrir a juicios *a priori* ni entrar en los cotos de la fantasía. Ricos veneros para la extracción de ideas morales que nos habrán de conducir a una más clara comprensión de la ética indígena, lo son todos aquellos pequeños documentos, oficiales o civiles, seculares y profanos, de que gozamos.

A nuestros conquistadores, ávidos de gloria y de bienes materiales, se les escapaban las sutilezas del pensar indígena; a sacerdotes y frailes, en su afán de erradicar el paganismo, o no los entendieron o se abstuvieron de consignar aquel sentir religioso-filosófico. En poquísimos casos nos obsequiaron con preciosos datos.

¿Quiénes fueron en realidad nuestros antepasados, de dónde vinieron? Para poder aceptar o descartar las pretendidas oleadas migratorias de paso por nuestro territorio (7), debemos empeñarnos en adquirir una percepción integral de nuestros aborígenes. Especialmente fecunda es la región ístmica para esta clase de estudios, sobre todo Costa Rica, por su posición geográfica única, de paso obligado, dentro de cuyo suelo cae la confluencia de las culturas del oro y del jade que a su vez, son los extremos de vanguardia de las grandes civilizaciones del austro y del septentrión. Lo interesante será evidenciar los entroques, establecer identidades o aclarar diferencias. Debemos discernir entre las ideas propiamente autóctonas nuestras de aquellas que provienen de origen exótico, para poder comprender el natural marco religioso y filosófico.

Entre nuestros investigadores se ha brindado escasa importancia a la posibilidad de la existencia, entre nuestros indígenas, de un pensar filosófico. Hasta ahora los estudiosos sobre temas aborígenes costarricenses han tratado unilateralmente temas más objetivos. En un estudio integral de nuestros antepasados deberemos inquirir en el por qué filosófico de un objeto y desentrañar la motivación de una actitud, haciendo hincapié en un enfoque filosófico-humanista. Estamos mucho mejor relacionados con algunos estudios académicos de manifestaciones de cultura material y social y de arte que con el carácter de su mentalidad y conducta espiritual.

El primer intento moderno de profundizar sobre la filosofía religiosa de los

(6) LANDA, DIEGO DE, *Relación de las Cosas de Yucatán*, Mérida, 1938.

(7) LOTHROP, SAMUEL K., *Pottery of Costa Rica and Nicaragua*, New York, 1926, II, 392. Mason, J. Alden, Op. cit. Cap. 3; Steward, Julián H. "South American Cultures", en: *Handbook of S. Am. Indians*, Washington, 1949, p. 669-772; Kidder II, Alfred, "South Am. Penetrations in Middle Am", en *The Maya and their Neighbors*, New York, 1940; p. 441-459.

aborígenes en Costa Rica lo efectuaron, en 1899, el maestro Tomás Povedano y el doctor Juan Fernández Ferraz, pasmados ambos ante el hallazgo del espectacular altar monolítico de San Rafael de Coronado, perteneciente a la cultura huetar del altiplano. Pero, lejos de intentar asociaciones amerindias, Povedano entrevé en la famosa piedra vinculaciones extracontinentales, de origen hindú (8). Fernández Ferraz menciona comparaciones con los aztecas y lo considera producto de la mitología huetar (9). Este altar evidencia un profundo contenido esotérico.

Pero ya es hora de que intentemos descubrir aquellos temas abstrusos y evanescentes que no por recónditos y de difícil comprensión pierden su importancia, sino que se acrecienta ésta, ya que ellos entrañan su razonamiento, conducta, emotividad, cosmos y teogonía, filosofías,—lo más elevado de su cultura espiritual.

#### NUESTRA COSMOVISION SEGUN CRONISTAS E HISTORIADORES

Las primeras relaciones históricas atinentes a la religión aborígen de Costa Rica, nos horrorizan con relatos de una continuada orgía de efusión de sangre, de cruentos sacrificios humanos, de inmoluciones en el ara de sus dioses. De frecuencia y motivación diferente fueron estos sangrientos ritos. De constante repetición lo son la decapitación y la ablación del corazón; de menor mostración, el desollamiento, la antropofagia ritual, el sacrificio de infantes, la torturación y el extravenar personales. Estos fenómenos religiosos, de característica distintiva y repetida en gran parte de nuestro continente provienen de linaje exótico en nuestro propio suelo, pero son ellas prácticas que gozaban de milenarismo y hondo arraigo al arribo de los conquistadores. La índole, el contenido medular de esta crueldad sacrificatoria, encierra los preceptos teogónicos de una de las religiones más complejas, evolucionadas y expandidas en el Nuevo Mundo, por Mesoamérica y América Central (10). Estas litaciones, de crueldad horripilante a nuestros ojos occidentales, se originan como transunto fiel del reconocimiento indígena a sus divinidades; el fanatismo propiciatorio se dirigía principalmente tras la consecución del anhelado *continuum* de la conservación de la existencia del cosmos y de la vida de la humanidad.

Los conquistadores encontraron a los habitantes de Costa Rica en pleno desarrollo de una religión con antecedentes naturalistas. Tal se desprende de los relatos históricos ya que revelan un extendido y complicado politeísmo (11) basado en el culto de la Naturaleza, con algunos dioses de características definidas humanas, dotados otros de poderes sobrehumanos, a quienes invocaban en sus necesidades personales de amor y temor. Por los nombres de sus dioses también vemos que conocían esa fase del desarrollo religioso que contempla el sempiterno antagonismo de las fuerzas, la lucha entre deidades benéficas y maléficas, la lucha entre el bien y el mal, y que hubo participación humana en favor del dios bueno contra el dios malo. Además,

(8) POVEDANO, TOMAS, *Mis deducciones*, Informe del Museo Nacional, San José, 1899 - 1900, II - 16.

(9) FERNANDEZ FERRAZ, JUAN, *Ompa-Ontla-Neci-Tetl o Piedra Transparente, Mesa-Altar de piedra calada de San Isidro*, Informe del Museo Nacional. San José, 1899-1900, 17-36.

(10) ALVAREZ DE MIRANDA, ANGEL, *Carácter de las religiones de Méjico y Centroamérica*, Cuadernos Hispanoamericanos, 65 Madrid, 1955, 167-184.

(11) CEVALLOS, Fray AGUSTIN DE, *Memorial para el Rey Nuestro Señor de la descripción y calidades de la Provincia de Costa Rica*, en: FERNANDEZ, *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*, París, 1886, V, 156-161.

los integrantes de un dualismo, masculino y femenino habían formado el mundo y engendrado a los dioses. Pero por sobre estos dioses múltiples persistió la idea de una substancia única de la cual todo se deriva, tuvieron un monoteísmo. Notable paralelismo con el afán filosófico del Viejo Mundo que, al buscar una causa única, creaba un dios de dioses, como abstracción teológica. A este dios único y omnipotente los aztecas daban el nombre de *Tloque Nahuaque* y de *Ipalmemohuani*, o sea “el dios de la inmediata vecindad”, “aquel por quien todos viven”. Los chorotegas a una deidad similar en la región de Matuari le daban el nombre de *Fipotani* (12a.) Los pueblos inkaikos también adoraban a un Supremo Hacedor, según nos lo dice, entre otros, Fray Joseph de Acosta (12 b.), así: “...Y así comunmente sienten y confiesan un Sumo Hacedor de todo, el cual los indios del Perú llamaban Wiracocha, y le ponían nombres de gran excelencia, como Pachacamac o Pachayachachic, que es Creador del Cielo y la Tierra...”.

Acerca de una divinidad suprema de los huetares dice Fray Manuel de Urculla (1763) en una de las referencias más tardías, sobre Talamanca (Ara, Dluj): “—Todos creen que hay Dios, como causa primera, y también que hay Demonio, a quien temen mucho, por los daños que en esta vida les hace, pero no alcanzan la gloria o pena eterna que en la otra vida les espera, porque dicen que todas las almas de los muertos van al mar a estarse quietos sobre una piedra—” (13).

Los habitantes del Alto Chirripó nos narran que ellos saben de sus padres, que los abuelos de sus abuelos decían que el mundo lo había comenzado un hombre traído por una lechuza. De Talamanca existen otras leyendas folklóricas igualmente vagas.

Dentro de este desarrollo evolutivo religioso, se perciben aún primitivas prácticas mágicas y zoolátricas, persistentes, como reminiscencias de un mundo sobrenatural de etapas anteriores, no exentas de fetichismo y animismo, provenientes de un horizonte formativo de religiosidad arcaica.

El propio don Cristóbal consignó, en su célebre Carta de Jamaica (14), del 7 de julio de 1503, con oportuna perspicacia aún dentro de la ínsita incomprensión de las costumbres de los cariairenses debido a la rápida visita, que “...son grandes febiceros..., hombres que comen carne humana fallamos...,” práctica mágica la primera y del ritual religioso de comunión la segunda, ambas de profundo interés filosófico.

Corresponde la distinción de consignar los primeros datos sobre la cosmovisión de nuestros indígenas, al cuestor real Andrés de Cerezeda, tesorero de la expedición del distinguido gentil hombre y capitán Gil González de Avila, al recorrer el territorio desde la Isla Tararequí en el Golfo de Panamá, hasta el Diriangen, en Nicoraguamía, en 1522. Pedro Mártir de Anglería, en su Sexta Década, dirigida al arzobispo de Cosenza para ser leída al Beatísimo Clemente VII, consigna el resultado de sus conversaciones con los propios Cerezeda y González de Avila. Son estos conquistadores

(12a.) FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, GONZALO, *Historia General y Natural de las Indias...*, Madrid, 1955, IV, 101;

(12b.) ACOSTA, FRAY JOSEPH DE, *Historia Natural y Moral de las Indias*, Sevilla, 1590.

(13) URCULLA, Fray MANUEL DE, *Informe de ... sobre Misiones en Talamanca*, en FERNANDEZ, *Historia de Costa Rica durante la dominación española, 1502-1821*, Madrid, 1889, 616.

(14) COLON, CRISTOBAL, *Carta que escribió ... al Rey y Reina de España*, en Academia de la Historia: *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica sobre el Cuarto y Ultimo Viaje de Cristóbal Colón* San José, 1952, 21-30.

los primeros en mencionar el nombre del cacique Nicoyán con quien platican acerca de sendas religiones. Parece haber quedado convencido el cacique acerca del relato de la cosmocreación cristiana de que "...*hay encima del sol otro criador del cielo y de la tierra que no el que ellos piensan, el cual sacó de la nada al mismo sol y la luna y los demás astros que se ven, y los gobierna con su sabiduría, y a cada hombre le da la recompensa que merece...*". Nicoyán, convencido de la bondad del cristianismo, se deja bautizar junto con seis mil de sus súbditos y obsequia para el capitán "...*seis simulacros de oro, de un palmo de altos*", antiguos monumentos de sus antepasados, "*toda vez que ya no he de hablarles más...*", junto con catorce mil castellanos de oro (15).

Algo más extenso es el relato tomado a Gil González y a Cerezeda, que consigna el de Anglería, acerca de los caciques afines Nicaragua, Diariangen y otros. Acerca del Cacique Nicaragua, la opinión de López de Gómara es valorativa, ya que nos dice: "*agudo era y sabio en sus ritos y antigüedades...*" (16). El interrogatorio planteado por los caciques a los capitanes gira alrededor de preguntas como éstas: ¿Qué sabían los españoles de un cataclismo que había anegado la tierra, hombres y animales? ¿Vendría otro cataclismo? ¿Venían los blancos del cielo? ¿Venían en línea recta o dando vueltas? ¿Se voltearía la tierra? ¿Cuál sería el fin del linaje humano? ¿Cuál es el paradero de las almas cuando salen de la cárcel del cuerpo? ¿Sabían los blancos del estado de fuego que un día vendría del cielo?—¿Cómo podríamos interpretar el significado de estas preguntas?

Todas estas preguntas de los gentiles son de inspiración extranjera, según veremos más adelante, claro y fiel trasunto de la cosmovisión y mitorreligión de los aztecas. Los capitanes contestaron a todas estas preguntas con mentalidad cristiana que, por su diametral y fundamental divergencia con la azteca, suscitara gran sorpresa entre caciques y sacerdotes. El desconocimiento de los dogmas aztecas por parte de los intrusos conquistadores, debió convencer a los gentiles de que aquéllos *no eran* en realidad unos "teules", como habían sospechado en los primeros contactos. De que los españoles eran tenidos por dioses no hay duda, si recordamos a Sahagún cuando nos relata que en los primeros encuentros les ofrecían manjares rociados de sangre, —tal como lo hacían con sus propias deidades (17).

Gil, más apto para ello que el marino Cerezeda, arengó a los indios "*cual predicador de púlpito*", sobre algunos puntos de ética cristiana, pero Anglería se lamenta: "...*Gil, ... aunque tenía buen ingenio y era aficionado a manejar libros en romance, ... no había alcanzado tanta instrucción que pudiera dar a todo esto respuesta...*". (18).

A pesar de lo interesante de las transcripciones de Anglería, él no menciona los nombres de las deidades, fiestas ni otros aspectos de cosmovisión, más que los arriba apuntados. Pero sí describe Anglería, como buen evaluador, ampliamente lo referente al sacrificio humano, quizás el acontecimiento presenciado por los capitanes que más vivamente les impresionara. Aprovecha Anglería la oportunidad para legarnos un circunstanciado relato, vívido, descrito por dos personajes presenciales.

(15) ANGLERIA, PEDRO MARTIR DE, *Décadas del Nuevo Mundo* Buenos Aires, 1944, 473-493.

(16) LOPEZ DE GOMARA, FRANCISCO DE, *Historia General de las Indias* Madrid, 1922, II, 209.

(17) SAHAGUN, Fray BERNARDINO DE, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, México, 1938.

(18) ANGLERIA, *Op. cit.*, 489.

Refiere Anglería, (19) que en las plazas de los cacicazgos existen pequeños túmulos, *tescuit*, de tierra, escalonados con ocho, doce o quince gradas, que ostentan en la cumbre una plataforma donde se halla una piedra de mármol, por lo ancho y largo de la estatura de un hombre tendido. Esta es la piedra donde se celebraban los sacrificios humanos. En los días señalados, desde la cumbre de otro túmulo fronterero, presenciaba el cacique las ceremonias.

El cultrario, el *tamagast*, (tlamacazqui), cuchillo sacrificial en mano, el *tapecat* (téhcatl) pregona el tipo de ritual que se celebrará. Es éste de dos categorías: el de víctimas potenciales que desde su niñez se crían en las casas, a los que se les da toda clase de goces, prerrogativas y presentes durante su vida. Estos predestinados lo aceptan todo gustosos, ya que llegado el día del sublime sacrificio están convencidos de que su alma irá directamente al cielo. El segundo tipo, más frecuente, es el sacrificio efectuado en prisioneros habidos en guerra. Cuando los capitanes regresaban de la "guerra florida" sin prisioneros, se nos dice que lloraban con mucha tristeza en el templo.

A ambas categorías de víctimas se les tiende boca arriba sobre la piedra del túmulo y sajándoseles el costado con un cuchillo de obsidiana, se les saca el corazón. El momento culminante del ritual del sacrificio es precisamente cuando entre el acostumbrado murmullo de los sacerdotes, éstos ungen los rostros y refriegan los labios de sus deidades con la sangre vaheante de las víctimas. Es este instante en el que los concurrentes elevan sus preces, pidiendo recibir buenas cosechas, salud y victoria en las guerras, que se les libre de la oruga, la langosta, de inundaciones, de fieras y otras adversidades. En la estatuaría huetar uno de los temas favoritos, también de marcado verismo es la representación de la decapitación en sacrificios humanos.

Los cuerpos de prisioneros sacrificados los distribuía el sacerdote entre las personas de categoría presentes en las ceremonias. La tradición local tenía que los sacrificados personificaban al dios en cuyo honor se efectuaban las ablaciones, y por tanto, al comer de su carne se adquirirían algunas de las cualidades propias de la deidad. Al cacique le eran reservados manos y pies; los corazones eran para el propio oficiante y su familia; las cabezas, como trofeo, eran colgadas de las ramas de unos árboles bajos con pretensiones de *tzompantli*, ya de propósito sembrados. En cuanto a las víctimas caseras antes mencionadas, sus manos, pies y entrañas eran depositadas dentro de una calabaza y enterrados delante de la puerta de los templos; el resto de los cuerpos, junto con el corazón, entre aplausos y cantos, eran quemados ante los árboles destinados a las calaveras, en una gran hoguera. En algo difieren de ésta las ceremonias según la relación de López de Gomera, pero no sustancialmente.

Este relato, tan circunstanciado, es evidente que proviene de testigos de primera mano, tales cuales tuvo Anglería en Gil González y el propio Cerezeda. Se habrá notado que en el cuestionario planteado por los nativos a los españoles no figuran preguntas acerca del sacrificio, práctica tan frecuente. Pero Gil, aterrorizado por tal acontecer, que probablemente presencié, amonestó ácremente a caciques y sacerdotes, aduciendo que estas prácticas "...eran sumamente desagradables a Dios..." (20). La concepción cristiana de Gil aducía precisamente lo contrario de la finalidad gentilicia con que los indios celebraban sus propios sacrificios: la de *agradar* a sus dioses. Para ambos debió haber sido éste un tremendo y desconcertante choque de ideologías.

(19) ANGLERIA, *Op. cit.*, 483-488.

(20) ANGLERIA, *Op. cit.*, 482.

De todo lo que antecede tenemos evidencia inconfundible de un trasplante de ideas y ritos, como veremos, de la civilización azteca hasta nuestra Costa Rica. Tanto en lo referente a los túmulos, como a la forma de sacrificio, diversidad de tipos de víctimas, la unción de los ídolos y la disposición de los cadáveres de los sacrificados, el concepto de deicidio patentizado en la personificación divina de las víctimas, —todo nos evidencia ser trasunto de la filosofía religiosa azteca, que pronto esbozaremos. Es curioso observar que a pesar de las frecuentes citas del sacrificio humano en nuestra región chorotega y de la evidente popularidad de que gozó, no se ha registrado ni un solo ejemplo, de que tengamos noticia, que lo confirme arqueológicamente, en ningún material. La amplia difusión arqueológica nos comprueba que el huetar, pueblo istmeño de cultura arcaica, aceptó de lleno aquel tremendo impacto religioso impuesto por las hordas invasoras. Uno de los grupos más espectaculares por su frecuencia y verismo, de horripilante tema, lo es el que representa al *Usékara* en diversidad de posiciones, en una mano con la cabeza escindida de la víctima, y el cuchillo de pedernal en la otra. Hasta en la Provincia de Chiriquí tenemos evidencia palpable de este ritual en la única pero bella pieza lítica en técnica brunka, con supedáneo, pero con los inconfundibles atributos de la morfología sacrificatoria huetar: la cabeza y el cuchillo.

Elementos rituales conexos al sacrificio lo son los cálices sagrados, bellamente esculpidos, los *cuauhxicalli* mexicanos, usados como recipientes para sangre y corazones; también destacan las planchas ceremoniales, donde se tiende la víctima para su occisión, obras maestras de nuestra lapidaria.

Nuestro mejor y más amplio informante en temática filosófica, así como en sociología y arqueología, lo es el Primer Cronista de Indias, el Capitán don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (21), quien recoge las noticias como testigo presencial de varias entradas y residencias efectuadas en el Darién. Al mismo tiempo que Fray Bernardino de Sahagún recogía en México las notas de campo para su monumental obra antropológica (22), lo hacía también Fernández de Oviedo en Tierra Firme, en los propios lugares donde permanecía; y con frescura, sin influencias exóticas nos consigna nombres de diversas deidades, ritos del culto y descripciones de fiestas, la medición del tiempo, vocabulario, etc. La obra de Fernández de Oviedo no es ni tan extensa ni tan pormenorizada como la de Sahagún, pero para el Darién, Costa Rica y Nicaragua, es de relevante importancia, y podríamos considerarla el primer intento de estudio integral. La obra de Fernández de Oviedo fue escrita con premura, mientras que la de Sahagún, de mayor erudición, lo fue durante largos años, seleccionando datos e informantes. Precisamente las ideas cosmogónicas indígenas de toda esta zona son el objeto preferente de don Gonzalo en los capítulos II y III del libro XLII de su *Historia General y Natural de las Indias*, con cuyos habitantes convivió bastante tiempo en estrecho contacto, desde el propio Panamá, pasando por la Isla de Chira en el Golfo de Nicoya hasta Diriangen en el Istmo de Rivas.

El origen de esta extensa narración filosófica es el siguiente: los bautizos en masa, celebrados durante las expediciones de Gil González de Avila, de Francisco Fernández de Córdoba y de Diego López de Salcedo, cristianándose en cada grupo sobre treinta mil almas, las consideraba el Gobernador de Nicaragua Pedro Arias

(21) FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, *Op. cit.*, Ts. I-IV.

(22) OLWER, LUIS NICOLAU D' *Historiadores de América: Fray Bernardino de Sahagún*. México, 1952.

de Avila, como una burla a que se sometían pasivamente los indígenas quienes en realidad no se tornaban cristianos. Para indagar sobre la confrontación de esta duda se valió Pedrarias del concurso del Reverendo Fray Francisco de Bobadilla, Provincial de la Orden de la Merced en León de Nagrando, quien aceptó gustoso el encargo de levantar esta probanza con la esperanza tanto de afianzar el cristianismo existente como de conquistar nuevos adeptos.

Fernández de Oviedo, después de haberse dado cuenta de la condición cultural de los habitantes de Nicoya y de Nicaragua del Oeste, expone como indispensables los datos recogidos por él mismo sobre sus peregrinas costumbres sociales, sus manufacturas, leyes, la propia naturaleza, etc. Luego transcribe, íntegro, el documento elaborado por el mercedario, que ofrece una relación bastante extensa sobre las creencias religiosas. Este documento (23) se torna indispensable para comprender la teogonía indígena, en la que se advierte una alta idea de la divinidad, la creencia en la inmortalidad del espíritu, y la condición de premios y castigos a que estarían sujetos los hombres, en otra vida, según su comportamiento en ésta. Estos juicios de Bobadilla vinieron a comprobar, una vez más, las teorías de Montesinos y Las Casas, desvirtuando las injustas apreciaciones de sus contrincantes.

En el pueblo de Granada de Salteba y en otros cercanos, *el mercedario interrogó a varios indígenas* instruidos, por intermedio de los lenguaraces Luis Dávila, Francisco Ortiz y Francisco de Arcos, a varios *guegues* (viejos), caciques principales y sacerdotes, todos ellos *sobre juramento* (¿en virtud de qué?), ante el escribano público del consejo de la ciudad, Bartolomé Pérez, sobre qué creían de la fe cristiana, de la creación, del paraíso, del infierno. Al ser interrogada una notable *Junta de los Trece*, estuvieron además presentes, como testigos, el clérigo Diego de Escobar, el capitán Juan Gil de Montenegro y Alonso de Herrera Dávila.

En cuanto a la fe cristiana, los temores del sagaz Pedrarias resultaron bien fundados: muchos indios recordaban "... *que se les habia echado agua sobre la cabeza...*", pero no comprendían su significado ni retenían el nombre impuesto; otros se negaban rotundamente a aceptar el cristianismo; otros, quizás atemorizados, no contestaban a las preguntas.

En cuanto a sus dioses, las informaciones permiten ser agrupadas. Las deidades mayores de ese territorio lo fueron *Tamagastad*, hombre y *Cipalttoval*, mujer, creadores del cielo y de la tierra, las estrellas y la luna, de quienes desciende toda la generación de hombres y mujeres; los primeros hombres convivieron con estos dioses, que residen en el cielo, por allá donde sale el sol, donde existen alimentos de los que se sirven, pero también comen ellos sangre y corazones de hombres y de algunos pájaros. Se menciona de esta región de Granada la existencia de un dios supremo llamado *Thomatbeot*, quien tuvo un hijo: *Theothilche*. En la región de Matiari, también mangue, a su dios supremo llaman *Tipotani*, y éste tuvo un hijo, *Nembiibia* quien con su mujer *Nenguitamáli*, fue origen de todos los mortales. *Omeyateite* y *Omeyatecigoat*, padres del dios del agua, *Quiateot*, son los nombres de nuestra deidad dual.

Declararon algunos de los interpelados que el mundo primitivo había desaparecido por una inundación y todos los seres humanos se ahogaron y ninguno resucitó, y que reedificaron de nuevo el mundo los dioses y crearon nuevas generaciones. Acerca de los *huetares* nos dice Cevallos: "... *tienen ídolos, y, para la administración de*

su culto, nombrados y señalados sacerdotes..." (24), pero no nos menciona los nombres de las deidades ni sus potestades.

Los talamanca actuales tienen una deidad tradicional general de los bribris, Sibú (25) a quien propician a través de los sacerdotes en demanda de lluvia y otras mercedes; además, temen a un demonio, Bí, de bribris y cabécares, que enferma a la gente y les causa picaduras de serpiente y caídas.

La relación de Fray Francisco sobre la consumación del sacrificio humano es más o menos idéntica a la de Anglería, pero agrega, sin embargo, algunos datos importantes: la primera sangre debe ofrecérsela al Sol; y que durante la ceremonia de ablación, los tamagast, elevan un ofertorio a los dioses, diciendo: "... Tomad, rescebid esto que os dan los caciques..." (26).

Consigna Fray Francisco una contestación que le diera uno de los indios, así: "... cuando tenemos guerra es para darle de comer de la sangre de los indios... (a los dioses)..." (27). Confirmación definitiva ésta de la finalidad de la guerra florida. Un caso típico de esta guerra de exterminio por los huetares contra grupos chorotegas del Golfo de Nicoya, lo cita Juan Vázquez de Coronado, en 1563, con especificación de obtener esclavos para sacrificios (28).

Otros dioses mencionados lo son Bisteot, dios del hambre, al que propician depositando hierbas al pie de unos hitos en los caminos, dispuestos al efecto; y el dios del aire, al que llaman Chiquinaut y Hecat, nombres maguey y nahoa para la misma divinidad. Nada más oportuno que unas líneas *ad verbatim* del propio Fernández de Oviedo: "... Tienen los indios muchos dioses, a los cuales llaman teotes, e sacrifican hombres e muchachos, como en muchas partes he dicho, por su devoción e reverencia, o por su maldad o golosina, porque les sabe muy bien la carne humana. E tienen dios del agua e de los mabices, e dios de las batallas e de las fructas, e así diversos nombres de dioses, e apropiadas sus potestades a las cosas e géneros diversos que les atribuyen e aplican, segund sus necessidades..." (29). Apreciable como lo es la relación de don Gonzalo, lamentamos que no mencionara individualmente los nombres divinos, celestes, terrestres y del bajo mundo, hubiéramos tenido una comprobación más; y con un pequeño esfuerzo adicional suyo, sabríamos la forma de cada ídolo. Sí nos cuenta que el dios del agua, Quiateot, es quien les envía la lluvia y truenos y relámpagos, hijo éste, como queda dicho, de Omeyateite y Omeyatecigoat, trinidad que también reside en el cabo del mundo, donde sale el sol en el cielo. A este Dios de la Lluvia se le propicia con sahumeros de resina y tea, pero si no llueve aún, se le brindan sacrificios humanos. Acostumbraban ejercer los chorotegas la automorficación, sajaduras y escarificaciones reiteradas con intenciones religiosas específicas, esto es, propiciatorias, expiatorias, catárticas y penitenciales. Las zonas preferidas del cuerpo lo fueron las de mayor sensibilidad, los párpados, la lengua, los genitales, la nariz, las orejas. Al preguntarles Fray Francisco a los de la Junta de los Trece si Quiateot fuera creado por Tamagostad y Cipaltoval contestaron: "... No

(24) CEVALLOS, *Ut Supra*.

(25) GABB, Wm. M., *On Indian Tribes and Languages of Costa Rica*, Proceedings of the American Philosophical Society Philadelphia, 1874-1875, XIV, 539-602.

(26) FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, *Op. cit.*, IV, 55.

(27) IBIDEM, 99.

(28) VAZQUEZ DE CORONADO, JUAN, *Expedición a Quepo...* en PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, Madrid, 1883, 267.

(29) FERNANDEZ DE OVIEDO Y VADES, *Op. cit.*, IV, 55.

los criaron: questo del agua era otra cosa..." (30). Los actos de propiciación para implorar el agua, eran así: "...Para pedir el agua vamos a un templo que tenemos suyo e allí matan e se sacrifican muchachos e muchachas: e cortadas las cabezas, echamos la sangre para los ydolos e imágenes de piedra que tenemos en aquella casa de oración destos dioses, la cual en nuestra lengua se llama teoba..." (31). Los cuerpos de niños los entierran, los de adultos los comen los caciques y principales.

Acerca de las perspectivas después de la muerte para los fallecidos naturalmente dijeron *Los Trece* que, aquellos que cumplen con los dioses y los templos durante su vida, si son buenos van al cielo por donde sale el sol, con los *teotes* y con los que mueren en la guerra; y que los que habían sido malos van al *Mamea*, sitio regentado por el dios de la muerte *Miqtanteot*, tierra mala donde las almas se pudren, morada de las almas precitas. Al morir un individuo sale de su boca una como persona que se dice *yulio*, alma, y que ésta no muere. Cuando llegan al cielo de *Tamagastad* y *Cipattoval* las almas, dicen los dioses: "...Ya vienen mis hijos..." (32).

También nos cuenta Fray Francisco que el cacique mayor, en su calidad de *tamagast*, sacerdote, debía orar un año completo en el templo, sin salir de él, sujeto a rigurosas abstinencias y ayunos, privándose muy especialmente, de todo contacto carnal. Luego de este año de vida virtuosa de dedicación a los dioses y de meditar sobre asuntos espirituales, por gran honra se le horadaba la ternilla de la nariz (33), donde debía colocarse un distintivo consistente en un ornamento de jade. Los hijos de los caciques podían ser enviados también a los templos, y oratorios, donde eran instruidos. Ambas referencias provienen de usanzas aztecas donde el propio emperador eran también jefe religioso, el *Tlacatecubtli*, y que los jóvenes asistían al *Calmecac* y el *Tepochcalli*, donde se educaba e instruía a nobles y plebeyos, respectivamente en teología y en artes de la guerra.

No es difícil el hacerse cargo a lo largo de sus exposiciones, de la situación presentada tanto a indígenas como a españoles, si tomamos en cuenta sus opuestas filosofías, modos de pensar y sentimientos. ¿Podríamos aceptar que Nicoyan quedase verdaderamente convencido de la superioridad del cristianismo, que hubiese podido evaluarlo, compenetrarse de sus misterios y dogmas, con sólo los malhilvanados argumentos de Gil, a pesar de la espontánea dejación que hizo de sus ídolos? Por otra parte es clara la evidencia de que hubo incompreensión y equívoco por parte de Fray Francisco, y ocultación y argucia por parte de los relatores. Vemos que Fray Francisco preguntaba datos específicos (34), coartando así una libre exposición. Pero es excusable a ambos dialogantes el hecho de incurrir en tergiversaciones. No sería justo el esperar otro resultado dada la brevedad de las entrevistas, la complejidad del tema, el mutuo desconocimiento de las lenguas *nahoa*, *mangue*, *huetar* y el castellano, la hipotética claridad de la comprensión de los intérpretes.

Uno de los más importantes relatos de la *Junta de los Trece*, lo constituye la mención calendárica usada por los indígenas de toda aquella región. Reza la pregunta de Fray Francisco: "Un año, cuántos días tiene entre vosotros?" (35). Contesta el

(30) FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, *Op. cit.*, IV, 46.

(31) *Ibidem*, IV, 46.

(32) *Ibidem*, IV, 48.

(33) *Ibidem*, IV, 46.

(34) *Ibidem*, IV, 46-56.

(35) *Ibidem*, IV, 52.

Yndio: "Tiene diez cempuales, y cada cempual es veinte días, y esta es nuestra cuenta y no por lunas". Con respecto a esta afirmación es interesante el dato que ofrece Fray Agustín de Cevallos de la Provincia del Dluj (Talamanca): "—la costa de la Mar del Norte está poblada por mucha gente... se mueven guerras a causa de aver de sacrificar todas las lunas algunas personas al demonio—", evidente costumbre del norte (36). La nómina de los días la comienza Fray Francisco con *Agat*, posiblemente por hallarse en ese día al consignarla. Las columnas siguientes indican los nombres de los días según Fray Francisco (37), la traducción al castellano, en la correlación usual, y la grafía correcta según la consigna Fray Bernardino de Sahagún (38); las pequeñas diferencias pueden originarse debido a una pronunciación provinciana o a errónea interpretación de los escribanos de Fray Francisco):

Bobadilla:	Traducción:	Sahagún:
CIPAT	COCODRILO	CIPACTLI
ACAT	VIENTO	EHECATL
CALI	CASA	CALLI
QUESPAL	LAGARTIJA	CUETZPALLIN
COAT	SERPIENTE	COATL
MISISTE	MUERTE	MIQUIZTLI
MACAT	VENADO	MAZATL
TOSTE	CONEJO	TOCHTLI
AT	AGUA	ATL
IZQUINDI	PERRO	IZCUINTLI
OCOMATE	MONO	OZOMATLI
MALINAL	HIERBA	MALINALLI
AGAT	CAÑA	ACATL
OCELOT	JAGUAR	OCELOTL
OATE	AGUILA	CUAUHTLI
COSAGOATE	ZOPILOTE REY	COZCACUAUHTLI
OLIN	TEMBLOR	OLLIN
TAPECAT	PEDERNAL	TECPATL
QUIAUIT	LLUVIA	QUIAHUITL
SOCHIT	FLOR	XOCHITL

Este calendario, vigesimal, medular en la religión azteca, era llamado el *Tonalpohualli*. Constaba de los veinte días, mencionados por Bobadilla que, en una combinación de secuencia correlativa de trecenas, con numerales de uno a trece, no volvería a repetirse 1 *Cipactli* nombre y número juntos, hasta transcurrir 260 días. Es evidente

(36) CEVALLOS, *Op. cit.*, 156.

(37) FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, *Op. cit.*, IV, 56.

(38) SAHAGUN, *Op. cit.*, I, 301.

el error de consignar diez *tempuales* en lugar de trece. La filosofía teológica azteca, concebida por el sacerdocio alrededor de las observaciones astronómicas y su aplicación a la división del tiempo, creó este cómputo, que asoció a las divinidades patronales. Este *Tonalpobualli*, concatena a perfección con el *Xibuitl*, año solar de diociocho meses de veinte días, más cinco días *Nemontemi*, o sean los nefastos, que da un total de trescientos sesenta y cinco días; así como con el año venusino de quinientos ochenta y cuatro días, cinco de cuyos años equivalen a ocho de los solares, creando de esta forma la complicada medición del tiempo azteca. El siglo azteca constaba de un ciclo de cincuenta y dos años, o sea el llamado *Xiuhmōpilli* (39). Pero de estos últimos cómputos no hacen mención alguna ni Anglería, ni Bobadilla ni el mismo Fernández de Oviedo, de que fuesen conocidos por los sacerdotes en Nicaragua o Costa Rica.

Termina el prolongado interrogatorio de *Los Trece* con una anécdota muy simpática. De un modo inesperado y casi absurdo, vino a ganar gran prestigio el *tamagast* de los cristianos, Fray Francisco de Bobadilla (40). Aconteció que por aquellos días, en los llanos del Istmo de Rivas se había acentuado una prolongada sequía a la cual no cedía *Quiateot* ni con sahumeros de resina y tea ni con los consabidos sacrificios humanos. Acertó el buen fraile a elevar unas preces que fueron bendecidas con una lluvia de arreo durante cinco días, hecho tenido por los indígenas, en su enorme confusión de teorías religiosas, como milagroso del fraile. No desaprovechó éste tamaña coyuntura y lanzó un sermón el dos de octubre del año 1528, un viernes según consigna Fernández de Oviedo, en el que explicó por medio de las lenguas la fe cristiana, la creación conforme a las Sagradas Escrituras, la encarnación, pasión y muerte del Hijo de Dios. De este erudito sermón, ¿comprenderían algo los indios? Si acaso tan poco, o quizás menos, como que si un teólogo indígena les hubiera explicado a los nuestros la historia de todos los miembros del panteón azteca, su carácter y esfera de veneración, el *Tonalpobualli* y el *Xibuitl* en toda su profundidad, con las deidades de las semanas y meses, diurnas y nocturnas, junto con todos sus atributos mágicos.

Respondieron los indígenas muy agradecidos al *milagro* acontecido, con gran entusiasmo: quemaron cabezas de venado y pellas de sangre que representan su corazón, destrozaron de buen grado gran número de sus deidades y se bautizaron veintinueve mil sesenta y tres almas. Los sacrificios vicarios de animales eran poco frecuentes. Es decir, se decidían a propiciar al Dios de los blancos con ofrendas y oblacones propias de *Quiateot*, su dios de la Lluvia. Tenemos en este hecho la revelación, en forma embrionaria, de cómo se inicia la transculturación del ceremonialismo indígena y el ritual cristiano.

Todos los datos que anteceden de carácter cosmogónico, filosófico-religioso, de teovisión, observables en la región chorotega y azteca de Nicaragua y Costa Rica, tienen su entronque directo como dependientes de la civilización mexicana. La infiltración azteca por la fuerza de sus armas nos trae e implanta su teovisión, religión y ritual, lenguaje y un mayor desarrollo cultural. Los aztecas fundaron una provincia en el Istmo de Rivas, con colonias adicionales en Bagacís de la Península de Nicoya, en San Juan de la Cruz en la desembocadura del Desaguadero y en la lejana Corotapa sobre la Bahía de Zorobará. Esta influencia se manifiesta en la lectura de documen-

(39) CASO, ALFONSO, *El Pueblo del Sol* México, 1953, 86.

(40) FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, *Op. cit.*, IV, 56.

tos y se presenta en la arqueología huetar tradicional. La prioridad chorotega en el señorío del Istmo de Rivas y de la Península de Nicoya sobre los aztecas, queda bien confirmada con dos citas de Fernández de Oviedo quien afirma:

"—Los indios de la lengua chorotega son los señores antiguos y gente natural de aquellas partes—";

"—todos los indios destas lagunas son de la lengua de chorotega—" (41).

Pero de la ocupación de Coropata por los mexicanos también tenemos precisas aseveraciones fidedignas. Citemos, al azar, tan solo cinco.

Expedida en la Villa de Valladolid a nueve días del mes de setiembre de 1536, y firmada por la Reina doña Juana, tenemos la primera cédula en citar las riquezas de Costa Rica en conexión con los mexicanos. Al reiterar ésta al Gobernador de Nicaragua, don Rodrigo González de Contreras y de la Hoz, la urgencia de hacer explorar el Río Desaguadero, pone el siguiente dato que encabeza una leyenda de opulencia a lo largo de toda esta zona: "... yo soy ynformada que junto a la ciudad de Granada, ay una laguna de agua dulce y sale della un Desaguadero que va a la mar del Norte, y que desde el dicho Desaguadero a la Mar del Norte ay noticia de mucha gente y muy rica de oro, y desde allí se llevó a Yucatán el oro que tenía Montezuma..." (42a.).

Aunque de motivación diferente, la opinión del Padre Francisco López de Gómara, de 1552, es importante por la insinuación de antigüedad: "... e dicen que habiendo grandes tiempos ha una general seca en Anauc, que llaman Nueva España, se salieron infinitos mejicanos de su tierra y vinieron por aquella mar Austral a poblar a Nicaragua..." (42b.).

Juan Vázquez de Coronado, Gobernador de Costa Rica y su primer Adelantado, en 1563, estando en la Provincia de Ara, dice haber encontrado unos indios que los nativos llamaban "siguas" en vernácula huetar con el significado de extranjeros, quienes eran de procedencia mexicana y cuyo cacique Iztolin departió con él en lengua nahua. Eran éstos súbditos de Motecubzoma el Xocoyotzin, sus recaudadores de tributos, los tiquiltatos que menciona Fernández de Oviedo. Al derrumbarse el Imperio del Anáhuac, optaron por permanecer en nuestra Talamanca, en vez de regresar a su país (43).

El ex-fraile Juan de Estrada Rávago, en su memorial de 1573 dice: "... Costa Rica... tierra y provincia... de gran riqueza... el gran rey Montezuma envió sus ejércitos... en demanda de dicha provincia... y así queda hasta hoy día... y ha visto reliquias de sus soldados y ejércitos que se llaman nauatatos..." (44).

Más de medio siglo después de la anterior mención aún se recuerda el mismo hecho, por carta de 1620, de Fray Francisco, Obispo de Panamá: "... de la Provincia y Valle del Duy, se save que es gente política... que fue sujeta a Montezuma emperador Mexicano... y es la tierra donde los mexicanos venian por oro para sus ídolos y ofrecimientos..." (45).

(41) Ibidem, IV, 60 y 66.

(42a.) Doña Juana "Sobre el Río Desaguadero", en PERALTA en *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, Madrid, 1883; p. 117.

(42b.) LOPEZ DE GOMARA, *Op. cit.*, Cap. CCVI, p. 219.

(43) VAZQUEZ DE CORONADO, *Op. cit.*, 326.

(44) ESTRADA RAVAGO, Fray JUAN DE, *Memorial de servicios de ...*, en: PERALTA, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, Madrid, 1883, 368.

(45) FRAY FRANCISCO, OBISPO DE PANAMA, Informe, en: FERNANDEZ, *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*, París, 1886, V., 235.

Con la evidencia documental de tantas citas categóricas, abrigamos la esperanza de hallar algún día la identificación azteca en alguna *Matricula de Tributos*, de las contribuciones suplidas por nuestros aborígenes.

## ENTRONQUES CON OTRAS CULTURAS

Desde el Siglo X, cuando los *tenochcas* comenzaron a invadir la región maya del Yucatán, siguiendo desde ahí su penetración al sur hasta los confines de Costa Rica, imprimieron sus guerreros y sacerdotes profundas huellas en las primitivas culturas-madre de las tribus istmeñas, de origen arcaico. Nuestros *Thomateot* y *Tipotani* tienen correlación con el *Tloque Nabuaque* y el *Ipalmobuani* del norte. Igualmente entroncan la cosmovisión y teogonía filosófica de toda esta extensa zona con la *Leyenda de los Soles*, mexicana, (46).

Los mexicanos habían hecho suyo y difundieron el tradicional concepto teogónico pre-tolteca de que el mundo había sido destruido y recreado en cuatro ocasiones, épocas, *soles*, que ellos señalan en monumentos y códices como *Nabui Ocelotl* (cuatro tigre), *Nabui Ebecatl* (cuatro viento) *Nabui Quiabuitl* (cuatro lluvia) y *Nabui Atl* (cuatro agua), cuyos nombres insinúan sendas fuerzas destructoras. Actualmente vivimos en un quinto "Sol" llamado *Nabui Ollin* (cuatro movimiento), que habrá de ser destruido por un terremoto. En el mundo indígena se esperaba esta catástrofe al finalizarse un ciclo de cincuenta y dos años, el *Xiuhmollpilli*, entonces se apagaban los fuegos y se esperaba con gran ansia y expectación el amanecer, dando origen a las ceremonias del *Fuego Nuevo*.

Después de este cataclismo vendrá una nueva generación reencarnada en los niños cuyas almas se han ido acumulando en el tredecimo cielo.

Con base en la evidente semejanza pictórica, se ha insinuado una correlación entre el signo *Nabui Ollin* y ciertas decoraciones policromas de nuestra cerámica hueta y chorotega, que se ha intitulado *Two-headed Monster*. ¿Podríamos pensar en vasos representativos de la filosofía religiosa del *Fuego Nuevo*? (47)?

Como origen de los dioses sitúan los aztecas una dualidad divina, dioses del cielo y de la tierra, llamados *Ometecubtli* (el señor dos) y *Omecibuatl* (la señora dos), quienes residen en el *Omeyocan* (el lugar dos, lugar de la dualidad).

Esta dualidad, bajo los nombres *Omeyateite* y *Omeyatecigoat*, como hemos visto se mantenía en la cima de la estructura religiosa de esta zona a principios del Siglo XVI (48). Esta es la pareja divina que según el Padre Olmos (?) (49), crearon a *Uxumuco* y *Cipastonal*, de quienes habían de nacer los *macebuales*. Los informantes de Fray Francisco, al respecto, en forma no muy comprensible afirman: "Todo lo

(46) OROZCO Y BERRA, MANUEL, *Historia Antigua y de la Conquista de México* (México, 1880), T. I.

(47) LOTHROP, Op. cit., II, 300.

(48) SOUSTELLE, JACQUES, *La Pensée Cosmologique des Anciens Mexicains*, París, 1940, 11.

(49) OLMOS (?), Fray ANDRES DE, *Historia de los Mexicanos por sus pinturas*, en: GARCIA ICAZBALCETA, J., *Colección de Documentos para la Historia de México*, México, 1891, 229-230.

criaron éstos que he dicho: *Tamagostat e Cipattonal a Oxomogo e Calchitquegue e Chicociagat*" (50).

También son conocidos por los nombres de *Tonacatecubtli* y *Tonacacibuatl*, señores de la *Vida* y de los *Alimentos*. A su fecundidad se debe la extensa deigénesis y toda la humanidad. Los cuatro dioses máximos, descendientes de esta pareja dual son los siguientes, en los que se agrupan potestades de conceptos distintos pero relacionados entre sí:

*Tezcatlipoca Rojo*, Dios del Este y del Sol Naciente, *Espejo Humeante*, conocido también en su potestad de *Xipe Totec*, el fructificador; *Tezcatlipoca Negro*, Dios del Norte, de la Noche y del Frío, del Cielo Nocturno, patrono de Hechiceros y Malvados; su *nabual* o disfraz, *Tepeyolobtli*, es la piel de jaguar, que con sus manchas semeja el cielo; *Quetzalcóatl*, Dios blanco del Oeste, y del Sol Poniente, benéfico, dios del Aire (*Ehecatl*) y de la Vida, *Serpiente Emplumada*, dios de la Sabiduría y del Sacerdocio, *Gemelo Precioso*, inventor del autosacrificio, descubridor de la agricultura y de la industria, Patrono del *Calmecac*; *Tezcatlipoca Azul*, Dios del Sur, de la Guerra, dios Solar triunfante de Mediodía, conocido por *Huitzilopochtli*, *Colibrí Hechicero*, dios epónimo de *Tenochtitlán*, Patrono del *Telpochcalli*; señor de los Veinte Días.

Después de la última destrucción de la humanidad la *Nabui Atl*, estos dioses crearon el mundo y el sol; aconteció que estando reunidos en *Teotihuacán*, lugar de dioses, en perennes tinieblas, una deidad menor, enferma y achacosa, llena de úlceras y leprosa, ofreció arrojar en una hoguera de donde debería surgir transformada en astro. Así sucedió, pero este astro permanecía inmóvil, necesitaba hálito para poder girar. Para ello, los cuatro dioses mayores se autosacrificaron y con esta primigenia sangre el sol inició su carrera. Otra versión declara que *Quetzalcóatl* recogió huesos en el mundo de los muertos de generaciones pasadas, y rociándolos con su propio autosacrificio, les dio vida. (51). Tal es *in nuce*, el origen del sacrificio humano: con el ejemplo sentado por los dioses, que la humanidad hace suyo, debe ésta brindarle su precioso líquido, la sangre, *chalchibuat*, para que el sol no cese en su marcha. Sin este alimento de sangre y de corazones caería sobre el mundo la oscuridad y se destruiría el universo; por ese compromiso del hombre de alimentar al cosmos con continuas ablaciones propiciatorias al dios solar, éste retribuye a la humanidad con la luz, la vida, los alimentos, la existencia toda. Además, como sacrificios populares los hombres ejercieron prácticas penitenciales que incluyen la torturación personal, ayunos, diversas ofrendas, purificaciones, oraciones. Otras formas, agradables éstas, de culto a los dioses incluían: cantos, bailes, diferentes juegos, deportes, representaciones teatrales, etc. Los sacrificados personificaban al dios en cuyo honor morían, manifiesta simulación del deicidio original. La carne de las víctimas venía a transformarse en manjar divino, que comían los mortales como alimento sagrado. Las cabezas de las víctimas no se comían, se exhibían en los *tzompanli*, nuestros "cerezuelos" empalizadas destinadas a exhibir los cráneos. ¡Cuántas veces vieron los españoles, consternados, las cabezas de sus hermanos y caballos allí enclavadas ofrecidas al dios de la Guerra, al temido y adorado *Huitzilopochtli* (52)! Al igual que entre los mexi-

(50) FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, *Op. cit.*, IV, 40; y LINES, JORGE A., *Los Altares de Joyopan* San José, 1935, 30.

(51) CASO, ALFONSO, *La Religión de los Aztecas*, México, 1936, 11, 13 y 22.

(52) DIAZ DEL CASTILLO, BERNAL, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* México, 1939, T. III.

canos, los continuos choques entre nuestros grupos tribales locales, tanto chorotegas como huetares, no obedecían a las causas comunes bélicas de expansión o ambiciones, sino al religioso deber, la imprescindencia de procurarse víctimas para el *tescuic*; eran *guerras sagradas, guerras santas, guerras floridas, Xochiyaóyotl*, de combates de previo organizados cuya finalidad primordial era la obtención de víctimas (53) y no el exterminio del enemigo. El soldado, al capturar un enemigo decía: "He aquí a mi hijo", y el capturado respondía: "He aquí a mi padre".

Los sacrificados, según la filosofía azteca, no lo eran por enemistad, odio o crueldad humana: lo eran simplemente para llenar una imperiosa misión, la de contribuir a la estabilidad y continuidad del mundo. Las víctimas, tanto el prisionero de guerra, como el escogido o el que se ofrecía voluntariamente, eran consideradas como mensajeros de encarnación divina ante el Sol.

El Adelantado Pascual de Andagoya (54), quien navegó por el litoral occidental de Sudamérica nos cuenta que en el Perú tenían al *Sol* como cosa divina y le hacían sacrificios y ofrendas de *chicha* que vertían en la plaza al amanecer, en adoración. En el afán de buscar una solución a nuestro problema, sería interesante considerar la posibilidad de una expresión asterolátrica, de origen pre-Inca quizás, de culto al *Sol*, entre nuestros bruncas, representado aquél en sus enigmáticas esferas líticas.

La escatología azteca, es decir, el conjunto de creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba, se concretaba a las siguientes posibilidades, según mencionan las fuentes: al *Paraíso Oriental*, el *Tonatiuchan* o "*Casa del Sol*", es adonde iban los guerreros muertos en batalla y los sacrificados en el *téhcatl*, al *Paraíso Occidental*, el *Cincalco*, o sea la "*Casa del Maíz*", iban las mujeres muertas en el parto; al *Tlalocan* o *Paraíso del Dios de la Lluvia* iban los muertos premiados por ese dios con un deceso por fulminación de rayo, por lepra, y también los ahogados (55). Es decir, allá eran recibidos no de acuerdo con la conducta observada en vida, sino por la forma de ocupación terrena, y en premio llevaban una existencia de placidez, abundancia, bienaventuranza. El resto de los mortales, fuera de estas categorías mencionadas, iban al *Mictlan*, presidido por el *Mictlantecubtli*, *Señor de los Muertos*, donde tras un previo padecer de pruebas mágicas de paso por nueve infiernos, después de cuatro años merecían un descanso definitivo. En Talamanca, para los muertos existe una "... tierra prometida ..." presidida por *Sibú*, el *gran espíritu*, deidad de los bribris, benevolente, a la que parece respetan, pero no adoran, en toda la región (56).

## CONCLUSIONES

Las ideas cosmogónicas, teológicas y mítico-religiosas de los habitantes pre-colombinos de Costa Rica, las tenemos patentes en las relaciones de Fray Francisco de Bobadilla y otras ya aludidas en el texto, que nos transcriben sus inquietudes, en lo temporal, sobre el origen y naturaleza del mundo y del hombre; en lo espiritual, sobre la naturaleza del Más Allá.

(53) LEON PORTILLA, *Opus cit.*

(54) ANDAGOYA, PASCUAL DE, *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila ...*, en: FERNANDEZ DE NAVARRETE, *Viajes ...*, Madrid, 1825-1827, III, 396.

(55) CASO, ALFONSO, *El Pueblo del Sol*, 78-86.

(56) GABB, *Opus cit.*

Nuestros aborígenes, según se desprende de los infolios y se comprueba por la arqueología, tenían un alto concepto filosófico-religioso, de la divinidad, de la existencia del alma, de la supervivencia del espíritu en la otra vida, celeste, como destino final. Los testimonios de historiadores y cronistas del Siglo XVI coinciden con los del XVII y del XVIII, evidencia del arraigo de un amplio grado de universalidad en su mundo de ideas.

Ya no debemos pensar en el arribo y permanencia de los aztecas en Costa Rica como un incidente aislado, sin profundidad cultural. Constatada su difusión filosófico-religiosa hasta nuestros lares, surgen de gran valor para nosotros sus maneras de pensar, sus creencias, sus normas éticas. Podremos usar conjuntamente, ahora que compartimos una identidad de cultura, muchas fuentes, nombres y conceptos, comunes a ambos, sin que se nos considere usurpadores o invasores a campos ajenos.

El sacrificio humano, característica constante de todas las culturas mundiales, a medida que éstas van evolucionando pierde su intensidad, No así en el ámbito meso y centroamericano que en su desarrollo religioso, lejos de liberarse de él, le intensifica en forma peyorativa, en frecuencia, variedad y volumen, hasta llegar a la exacerbación. Hemos visto como nuestro indio, creado por los dioses, en agradecimiento a ellos y en virtud de su fortaleza y estoicismo, se obliga a mantener la mecánica cósmica con su propia inmólación. La psicología aborígen contempla la vida terrena como un paso efímero, despreciable, pero la existencia en el *Tlalocan*, la estima de perdurable y sublime placidez. ¿Debemos considerar esta concepción como ensañada crueldad o bien como excelsa abnegación?

Ofrezco ésta como mi modesta contribución para un estudio integral de los aborígenes de Costa Rica, en el aspecto de su cosmovisión, estudio aún *in fieri* entre nosotros, que he esbozado del modo más conciso y breve.